

(Publicado en "El Periódico de Aragón", 20-IX-2006)

Docencia universitaria

Guillermo Pérez Sarrión

gperez@unizar.es

Septiembre es tiempo de exámenes. Un buen momento para hacer planes para el curso que empieza, y también un poco de reflexión sobre el estancamiento, el deterioro de la docencia en la universidad.

Contra lo que se cree, los mayores problemas no están en el uso inadecuado o escaso de las nuevas tecnologías: la clave está en qué se quiere enseñar. Vivimos una enseñanza centrada casi exclusivamente en transmitir contenidos, y no en desarrollar habilidades: enseñar a razonar, a ser críticos, a que los estudiantes aprendan por sí mismos a rectificar de sus propios errores.

El estudiante, cuando se enfrenta a una disciplina, puede recorrer cuatro estadios de conocimiento, del más elemental al más sofisticado. El primero es conseguir un depósito de respuestas correctas y memorizarlas: tomar apuntes, leer el manual, aprenderlo y soltarlo en un examen. Es decir, empollar. En un segundo, hay quien descubre que los científicos no siempre están de acuerdo: el estudiante se convierte en simple "sabedor subjetivo": una idea es correcta si se tiene la sensación de que es correcta, sin buscar razones, y como todo es opinable, si suspendo es que al profesor no le gusta mi opinión. No jerarquiza ideas, ni las critica. En un tercer estadio, superior, alguno se da cuenta de que en la materia hay ciertos procedimientos de aprendizaje: aprende a razonar en los términos del "juego" de esa disciplina. Pero no va más allá, da al profesor lo que éste quiere en el examen y ya está. En un cuarto nivel, sólo unos pocos estudiantes llegan a ser pensadores independientes, críticos, se comprometen con las ideas y los procedimientos aprendidos e intentan utilizarlos de modo consciente y consistente. Hoy la mayoría transitan por el primer nivel. Al que llega al segundo le llamamos ya estudiante destacado, y sólo los que por sus cualidades naturales pueden con todo o encuentran un realmente buen profesor alcanzan el tercero e incluso el cuarto.

El progreso de los estudiantes depende no sólo de sus cualidades intelectuales: en gran medida, de qué enseñanza les plantean los profesores, que son quienes organizan los programas y objetivos de aprendizaje a través de los departamentos universitarios.

Es necesario recuperar lo más elemental: definir objetivos de conocimiento, hacer programas razonables, reducir exámenes, enseñar a razonar, enseñar habilidades y no sólo contenidos. La asignatura es una unidad que ha de acabar en una calificación, el estudiante ha de acreditar ante la sociedad lo que ha aprendido y cómo. Pero el aprendizaje de una materia anual debe durar eso, un año, no dos o tres. El profesor organizó, explicó, dio prácticas, leyó trabajos, planteó preguntas, lanzó ideas, ayudó y examinó. Cumplió su trabajo. Los estudiantes se examinaron en junio y la mayor parte (un 60-80%) aprobaron.

Frente a esto, la irrealidad. Una asignatura con un porcentaje de suspensos constante del 80-90%, que de promedio se tarda en aprobar dos o más años, está mal concebida por el profesor. Con frecuencia los estudiantes se matriculan de un 50-100% más de créditos de los que razonablemente pueden estudiar y aprobar, otro disparate. En cada curso hay siete u ocho asignaturas, tres convocatorias por año y dos o tres exámenes en cada una: la realidad es un interminable rosario de exámenes. Con la cartera repleta, el estudiante opta por preparar sólo algunas

desde el principio, seguir las con intensidad, presentarse a junio y aprobarlas a la primera. En los casos restantes, mayoría, renuncia a ellas, o deja pasar innumerables exámenes, o se presenta sin preparación "a ver qué pasa". El número de fracasos (suspenso, renuncia a presentarse) es muy elevado, lo que mina su autoestima personal con consecuencias a veces devastadoras, y le hace obsesionarse por los exámenes, olvidándose del aprendizaje.

El resultado es un fracaso docente espectacular. La reciente investigación del profesor Álvarez Martínez en la Universidad de Extremadura muestra allí cifras preocupantes: el 62% de los estudiantes no tienen la preparación suficiente para seguir adecuadamente las explicaciones de clase; en casi la mitad de las asignaturas los estudiantes matriculados que asisten regularmente son menos del 50%; casi nadie lleva la asignatura al día; una proporción ridícula acude a sesiones tutoriales (instrumento clave en la próxima reforma europea de los planes de estudios); en la mitad de las asignaturas los estudiantes matriculados que se presentan a examen son menos del 50%.

En nuestra Universidad de Zaragoza la situación es igual o peor, y nada va a mejorar con estímulos como el complemento de mejora docente que la DGA acaba de crear, primando factores como haber estado en comisiones o haber escrito manuales. Todo el mundo sabe que en muchas asignaturas el manual no es posible ni incluso aconsejable, sin quitar mérito a los que los hacen, y además que los mejores profesores no lo son por escribirlos. Con ese criterio un profesor cuya docencia consista exactamente en leer un manual en clase (y hay algún caso real), si éste es suyo, puede perfectamente obtener el complemento. El mal docente recibirá un premio a la docencia. Sin comentarios.

Hay que suprimir la tercera convocatoria de exámenes, crear un sistema de tutorías efectivo, suprimir la docencia fraccionada en áreas de conocimiento hasta extremos intolerables, impedir la matriculación sin límites, incentivar la buena docencia poniéndola como merece junto a los méritos de investigación. El rector, la DGA, ¿serán capaces de impulsar en serio una tarea así? Y tan importante como esto, ¿están dispuestos a asumirlo los profesores?

(911 palabras, 5.700 caracteres)